

y las relaciones de poder, cuestiones que se tornan insoslayables al momento de analizar la sustentabilidad de esta forma asociativa.

En el último capítulo, responsabilidad de Mario Lattuada y Juan M. Renold, el énfasis está puesto en el desarrollo de una tipología de formas de organización institucional cooperativa. Si bien dicha tipología ha sido presentada anteriormente en diversas publicaciones, no deja por ello de constituir un enfoque original.

A través de esta metodología de análisis institucional, pero sin obviar la heterogeneidad de situaciones empíricas, los autores intentan dar cuenta de la evolución del cooperativismo. Es así que identifican tres tipos morfológicos de organización y discurso, que han predominado en las diferentes etapas de desarrollo del cooperativismo agropecuario argentino.

A modo de síntesis, se puede decir que esta compilación representa una importante contribución para comprender la evolución que han tenido estas organizaciones de la economía social así como el papel que desempeñaron en el desarrollo del sector agropecuario argentino. Este aporte cobra aún más relevancia, en un momento como el actual donde el énfasis está puesto en la discusión de los principios y prácticas cooperativas.

Patricia Lombardo

**Javier Balsa. El desvanecimiento del mundo chacarero. Transformaciones sociales en la agricultura bonaerense, 1937-1988. Universidad Nacional de Quilmes Editorial, Bernal, Buenos Aires, 2006**

Este libro, escrito por Javier Balsa, ofrece un minucioso trabajo de reconstrucción del proceso de transformación de la estructura de la propiedad y de la organización productiva en el agro pampeano, a partir del estudio de tres zonas de la provincia de Buenos Aires -Norte, Oeste y Sur-, en profundidad, de un partido por cada zona, que el autor ha considerado arquetípico -Pergamino, Rivadavia y Tres Arroyos, respectivamente-. El trabajo se ha centrado en los productores medios, y privilegia los aspectos sociales, manteniendo un constante diálogo con los modelos histórico-conceptuales de desarrollo agrario, especialmente los referidos a Estados Unidos e Inglaterra. Esta obra, que en buena medida es tributaria de una Tesis doctoral, está organizada en cuatro capítulos y dos apéndices -uno teórico y otro de referencias del material de entrevistas-. En el capítulo I se presentan los rasgos centrales del desarrollo agrario pampeano de fines del

siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, con el propósito de caracterizar la producción agrícola; en el capítulo II se desarrolla el impacto de la intervención estatal en el mercado de tierras en el período 1940-1960; en el capítulo III se estudia la relación entre expansión agrícola de las décadas de 1970 y 1980 y la estructura social agraria; y en el capítulo IV se describen los modos de vida de los productores rurales, con el objetivo de percibir los cambios culturales y su incidencia en la organización productiva.

El abordaje de este amplio temario que recorre el siglo XX requirió el uso de fuentes cuantitativas, principalmente censales y estadísticas, y cualitativas, destacándose el empleo de fuentes orales –en gran medida productores nacidos en las décadas de 1910 y 1920– con las cuales actualmente ya no se podría contar. No nos detendremos en esta breve reseña en la descripción de los elementos particulares de los casos estudiados, sino que enfatizaremos las hipótesis y conclusiones más generales –que indudablemente son el objetivo del autor–, cuya utilidad comparativa con otras zonas de la región pampeana es manifiesta, no obstante, como rasgo estructural, debe señalarse la supervivencia de la gran propiedad –continuidad de los latifundios–, ligada a la producción ganadera, en la zona Oeste, pues esto mantuvo algunos caracteres diferenciales con respecto a las otras dos regiones.

Esta obra tiene una gran riqueza informativa y conceptual en todas sus partes, derivada del constante trabajo de puesta al día de los aportes bibliográficos previos, en confluencia con las nuevas fuentes de carácter regional. Consideramos que su mayor originalidad se encuentra en los capítulos correspondientes al período 1960-2000, dado que el entrecruzamiento de fuentes ha permitido al autor hipótesis y conclusiones renovadoras, logrando trazar el desarrollo del proceso secular, que el autor se ha empeñado en dilucidar desde el inicio hasta el final de este libro.

De la investigación surgen tres coyunturas bastante bien definidas: a) una primera correspondiente a las décadas de 1940 y 1950 –con prolongaciones en la década de 1960– en la cual se desarticula la “vía pampeana” de desarrollo agrario; b) el segundo momento, desde finales de la década de 1960 hasta culminar los años '80, en el cual tuvo lugar un proceso de *farmerización* de los productores rurales; c) una coyuntura iniciada en la década de 1990, que se prolonga hasta la actualidad, de afianzamiento de los rasgos capitalistas de la organización productiva y de “aburguesamiento” del empresario rural. Seguidamente expondremos las hipótesis y desarrollos fundamentales que el autor realiza con respecto a cada uno de estos momentos y las conexiones causales que establece entre ellos.

Las décadas de 1940 y 1950 habrían sido el momento de disolución de la “vía pampeana” de desarrollo agrario, entendiendo por tal una estructura productiva en la cual el arrendamiento, con su componente de traba-

jo familiar, tuvo un papel fundamental en la expansión agrícola. La intervención estatal del gobierno Justicialista provocó, directa o indirectamente, la subdivisión de muchas grandes propiedades, y mantuvo en permanente prórroga los contratos de arrendamiento, favoreciendo a los arrendatarios con la posibilidad del acceso a la propiedad de la tierra. Sin embargo, indica el autor, esto no debe ser percibido como una reforma agraria, sino como efecto de diversos fenómenos sociales. De este modo la sustitución progresiva del arrendatario por el propietario, y su aceleración durante el gobierno de facto de Juan C. Onganía condujeron a la *farmerización* de arrendatarios y aparceros, adoptando este vocablo no exclusivamente como un ejercicio teórico, sino como resultado de la comparación con los productores estadounidenses de esa etapa histórica, de modo que este concepto expresa una determinada "forma social de producción".

Iniciado este proceso durante un período de reducción y posterior estabilización del área sembrada y de la producción, continuó durante la expansión que comienza en los años '60 y especialmente en los '70 y '80. Sostiene Javier Balsa que fue ese fenómeno de *farmerización* el que lideró tal crecimiento productivo, sumando a la propiedad de la tierra otros indicadores como la mecanización de las tareas antes realizada manualmente y la constante modernización tecnológica, y el empleo de asalariados permanentes aunque en una proporción muy baja en comparación con la duplicación de las extensiones trabajadas por los productores. Las unidades productivas familiares y en propiedad, de tamaño mediano y pequeño, fueron entonces las que tuvieron un papel central en la expansión de esos años, beneficiadas por coyunturas favorables –y especialmente por el boom de la soja–, mientras que quedaron fuera de escena las explotaciones familiares de arrendatarios, quienes no pudieron sobrevivir ante las coyunturas económicas desfavorables y la falta de promoción estatal, a las que se sumaron políticas cambiarias y tributarias adversas, durante los años '70. Los contratistas tanteros habrían tenido mayor presencia desde este momento, pero sin constituirse en los actores fundamentales.

Las políticas neoliberales impulsadas por la dictadura militar en esa década y la siguiente, no sólo afectaron a la estrecha franja de arrendatarios familiares aún existentes, sino que afectaron también la consolidación de la *farmerización* de los productores medianos y pequeños propietarios. Aunque en este fenómeno, siguiendo las hipótesis del autor, el propio sector chacarero actuó bloqueando el modelo que le había permitido prosperar, como resultado del cambio cultural que estaba sufriendo en la medida que se urbanizaba masivamente, y del cambio productivo resultante de la adopción de criterios empresariales determinados por una lógica más ortodoxamente capitalista, a la vez que por un criterio

rentista, que distanciaba al productor de la identidad y cultura del trabajo, de las cuales participaban sus ascendientes y que habrían caracterizado la forma de vida de los agricultores pampeanos.

El autor explica este cambio mental, al que denomina "aburguesamiento" como resultado de la migración a las ciudades -principalmente cabeceras de partido-, lo cual redundó en una asimilación de actitudes consumistas de la clase media urbana en la cual se insertaron los productores rurales, y en una nueva socialización cuyos efectos fueron el distanciamiento de los patrones culturales adquiridos en la socialización rural previa, en el caso de los adultos, y la fractura cultural generacional si se trata de los hijos de agricultores cuya socialización fue principalmente urbana. Para J. Balsa, este fue un cambio voluntario de los actores, determinado por la funcionalidad de la vida urbana, en cuanto a acceso a la educación, servicios y bienes culturales, en contraste con las limitaciones de confort que tenía la vida rural en las décadas de 1960 y 1970, momento en el cual el éxodo rural fue más intenso. Probablemente haya aquí algún sesgo interpretativo funcionalista, en la medida que la explicación refleja las justificaciones que las fuentes informantes hicieron del proceso que les tocó vivir, en las cuales aparentemente no aparecen demasiados indicadores de permanencias culturales, apropiaciones y conductas sectoriales de diferenciación, como las que el propio autor menciona al referirse a una probable necesidad de distanciamiento con respecto a los peones, cuando se habla de la educación de sus hijos. Cabe la posibilidad de pensar en un proceso autonómico, no imitativo ni pragmático, equivalente al de "etnogénesis" cultural, de más larga duración y propio del sector chacarero, donde la experiencia colectiva sectorial tuvo quizás tanto peso en la construcción de identidades como la formas de vida. Queda pendiente para una investigación futura si los agricultores se han convertido realmente en "establecidos", según la expresión de Norbert Elías, y en qué medida han asimilado el capital cultural "urbano".

Concluye el autor en que el nuevo carácter urbano, empresarial y rentista del productor rural sería entonces un factor que bloqueó el desarrollo de una forma de producción *farmer*, a la vez que la transmutó en una forma de producción capitalista en cierto modo más cercana al modelo inglés, cuyo efecto sobre la organización social agraria fue y sigue siendo la pérdida de la ruralidad, como elemento articulador de una determinada identidad, de redes sociales y de proyectos de desarrollo agrario diversificado, con el consecuente agravante de la despoblación del campo y decadencia de los pequeños centros urbanos.

Esta breve relación de los temas e hipótesis permite ver la dimensión de las problemáticas abordadas en esta obra, y su importancia expli-

cativa para comprender el momento presente de tal proceso histórico. La riqueza en descripciones de las formas de vida, históricas y actuales, también es una contribución destacable, que sin dudas invita al lector a prologar el análisis con nuevas variables y teorías, a fin de contribuir a explicar el “desvanecimiento del mundo chacarero”, cuyo tratamiento histórico y conceptual tan lúcidamente se ha realizado en este libro.

**Adrián Ascolani\***

\* Doctor en Historia. Investigador Adjunto CONICET. Profesor Adjunto Universidad Nacional de Rosario.